

BIBLIA Y TEOLOGÍA

Gerd THEISSEN - Annette MERZ, *El Jesús histórico*, Ed. Sígueme, 1999, 710 pp.

No es un libro más sobre el Jesús histórico, sino el manual mejor conseguido hasta el momento presente sobre la figura histórica de Jesús de Nazaret. En esta obra se pueden encontrar todos los temas sobre Jesús de Nazaret: historia de la investigación en torno a la vida de Jesús; las fuentes documentales sobre la vida de Jesús y su evaluación; el marco de la historia de Jesús: la actividad y predicación de Jesús; Pasión y Pascua. Dentro de la mencionada temática histórica, se ofrece al lector el «sumario de una vida de Cristo», después y a la luz de lo expuesto en las 600 páginas anteriores.

Además de la amplitud con que son tratadas todas esas secciones históricas, lo más apreciable del libro es su presentación y elaboración didácticas: introducción, planteamiento, vías de solución con resúmenes y cuadros precisos y espléndidos, toma de postura casi siempre por parte de los autores y propuesta de tareas o de ejercicios, cuya resolución aparece al final del libro.

Otro regalo del libro es el capítulo último, que se adentra con garantías de credibilidad en el estudio cristológico sobre Jesús de Nazaret: «El Jesús Histórico y los inicios de la cristología».

Conocíamos de antemano el mucho saber y la habilidad narrativa de Gerd Theissen a través de sus obras (*Soc-*

ciología del movimiento de Jesús; Estudios de sociología del cristianismo primitivo; y La sombra del Galileo. Las investigaciones históricas sobre Jesús traducidas a un relato). Pero la verdad es que nos ha sorprendido gratamente este manual sobre el Jesús de la historia.

Quizás el manual registra demasiadas teorías u opiniones, excesivas variantes interpretativas, exagerada cantidad de datos, de matices..., lo que exige un lector bien enterado y dispuesto a hilar muy fino, «especie» que no abunda en nuestros días.

Eduardo MALVIDO

José-Fernando REY BALLESTEROS, *La resurrección del Señor*, Ed. Palabra, 2000, 448 pp.

Esta obra pasa revista amorosa y poética a los encuentros de Jesús resucitado con las santas mujeres y con Pedro y Juan con motivo del hallazgo del sepulcro vacío (1.ª parte), con María Magdalena y los dos discípulos de Emaús (2.ª parte) y con los discípulos en el cenáculo (3.ª parte).

El autor utiliza constantemente la metáfora de la luz (día, alba, aurora, sol, resplandor...) como símbolo del amor (comunidad y vida) entre Jesús resucitado y los personajes que he nombrado arriba. Como antecesores del amor divino-humano en el A. T., el autor recurre frecuentemente a los Salmos, a los Profetas y al Cantar de los cantares. Como contrapunto de la metáfora de la luz, encontramos en el

libro la metáfora de las tinieblas (= noche, oscuridad, sombras, ocaso...) como símbolo del amor egoísta (soledad y muerte) del hombre en relación con Dios, personificado por nuestros protoparentes en el paraíso terrenal.

El autor aplica la clave interpretativa «diseñada» por Alfonso López Quintás en sus múltiples y magistrales trabajos de análisis de obras literarias clásicas. No es, por tanto, una casualidad que sea A. López Quintás el prologuista del libro de J.-F. Rey.

A decir verdad, el libro está bellamente escrito. En este sentido, el buen catador de la literatura disfrutará con el estilo fluido, preciso y poético del autor.

Pero el teólogo sentirá un vahído de sutil dolor en el alma al descubrir la decepcionante imagen antropológica que el autor ofrece de Jesús resucitado. Éste es, por ejemplo, el comentario que el autor hace a Lucas 24, 41-43 donde el Señor resucitado aparece comiendo delante de los Apóstoles un pez asado (p. 393):

«Y así, tras una acción tan aparentemente prosaica como es la de sentarse y degustar un pez asado, la claridad inmensa de una ventana recién abierta hace estremecer al alma contemplativa: si el cuerpo glorioso del Señor está ingiriendo un pescado, estamos conociendo algo muy importante acerca de la eternidad: en el Cielo se come.»

Pienso que el autor no tiene en cuenta las palabras de su prologuista sobre el nuevo modo de ser hombre inaugurado

por Jesús cuando fue resucitado por el Padre: «La expresión "vida eterna" alude a una forma cualitativamente muy elevada de vivir» (p. 10). La manera como el autor explica la presencia de las llagas de la crucifixión —es otro ejemplo en el Nuevo Hombre— Jesús glorificado (pp. 411 y s.) no se ajusta tampoco a la «forma cualitativamente muy elevada de vivir» del Señor resucitado.

Eduardo MALVIDO

Aurelio FERNÁNDEZ, *¿En que creemos los cristianos?*, Ed. Palabra, 1999, 324 pp.

El libro no es, ciertamente, un tratado sobre la esencia del cristianismo ni una exposición directa del Credo de los cristianos. Pero sí que pretende presentar los contenidos esenciales de la religión cristiana en una línea de aproximación al tratado de Teología Fundamental.

Lo más sobresaliente y logrado para mí es la perspectiva central desde la cual el autor aborda todos esos contenidos fundamentales: la perspectiva cristológica. Sobre todo es en el tema de Dios donde dicha perspectiva es fecunda: «lo específico del cristianismo no es *creer en Dios*, sino *creer en Jesucristo*, Hijo eterno y encarnado de Dios» (p. 47). «Demostrar la existencia de Dios da como una especie de vértigo a la razón; aproximarse a la Persona de Jesucristo es mucho menos costoso e, incluso, apasionante» (p. 49). El resultado de la aplicación de la perspectiva cristológica a Dios

es una «teo-logía» trinitaria, histórico-salvífica, amorosa...

La limitación del autor en la aplicación de la perspectiva cristológica de Dios consiste en que *su* Cristo se identifica –en excesiva medida– con el Jesús de la historia (excelencia de su doctrina, los milagros, las profecías del A. T. cumplidas en el Jesús histórico, y la resurrección de Jesús). La resurrección de Jesucristo es mencionada en cuarto y último lugar, pero en una línea también histórica, como la «prueba» más contundente de la filiación divina de Jesús de Nazaret.

La verdadera perspectiva cristológica del N. T. se identifica, en cambio, –en su máxima medida– con el Cristo resucitado. La resurrección de Jesucristo no sólo es, como acontecimiento escatológico, la manifestación culminativa de la revelación de la Tri-Unidad de Dios y de la salvación de los hombres, sino que es la perspectiva cristológica que integra, superándolos, el nacimiento humano y la historia y muerte del Hijo eterno del Padre.

En su acentuación desmedida en el Jesús histórico, el autor se apresura a dar por válida la temprana fecha, antes del año 50, en que algunos autores, como J. O' Callagan, datan el evangelio de Marcos. Asimismo, el autor contempla en la eucaristía la presencia sobre todo del Jesús de la historia (con su cuerpo, sangre, alma y divinidad), mucho más que la presencia en ella de Jesús resucitado...

Eduardo MALVIDO

A. INIESTA, *Creo en la Iglesia Madre*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2000, 266 pp.

El autor parte desde su propia experiencia personal, que es de un gran amor y gratitud hacia la Iglesia.

Quiere hablar en este libro de la Iglesia Madre y redescubrir el aspecto materno de la Iglesia, de acuerdo con los signos de los tiempos de que hablaba Juan XXIII. Empieza el libro hablando de la maternidad de María, para pasar después a la maternidad eclesial, buscando el paralelismo entre las dos. Así como María fue elegida para introducir en la historia el rostro materno de Dios, la Iglesia es madre y virgen por la acogida de la Palabra de Dios con fe, y además con la predicación y el bautismo engendra a sus hijos a una vida nueva.

La Iglesia es sacramento de comunión en el Espíritu, toda ella es signo visible de la gracia invisible, lugar privilegiado de la presencia de Cristo por medio de la acción del Espíritu Santo. Éste se convierte en el alma de la Iglesia y le da la vida, calor, sentimiento y amor. El Espíritu Santo es artífice de santos a través de sus siete dones, número simbólico de plenitud.

La labor de la Iglesia en el mundo se lleva a cabo a través del pan y de la palabra. La palabra obra la santificación de los hijos de Dios y logra su máxima eficacia visible en los sacramentos de la Iglesia, entre los que sobresale la eucaristía.

El autor destaca también las deudas e hipotecas de la Iglesia como son la

intolerancia, la ambición de poder, la violencia, la injusticia, el autoritarismo, el oscurantismo, pero a pesar de todo piensa que el balance es más positivo que negativo.

No estoy de acuerdo con la opinión que expresa en el capítulo nueve, «Dimes y diretes», cuando dice que no hay involución en la Iglesia, pues pienso que hay una involución bastante visible, sobre todo en cuestiones teológicas.

Tampoco comparto las razones que da para no admitir el sacerdocio de mujeres y cuyo argumento fundamental lo apoya en la tradición de la Iglesia.

Sí comparto sus ideas sobre la democratización de la Iglesia, la necesidad de inculcar la fe, la necesidad de no pasar del triunfalismo al derrotismo y la obligación de seguir a Cristo siendo una Iglesia más espiritual y más pobre y más trinitaria.

El autor, con un lenguaje claro y directo, consigue que este libro sea como un testamento espiritual, eclesial y pastoral, siempre dentro de un gran amor a la Iglesia.

Saturnino PLAZA AGUILAR

R. ETCHEGARAY, *Verdadero Dios y verdadero hombre*, Palabra, Madrid, 1999, 201 pp.

Este libro trata de los ejercicios espirituales predicados a Juan Pablo II y sus colaboradores por el cardenal Etcheagaray en febrero de 1997. Estas

meditaciones tienen un trasfondo cristológico y trinitario. Insiste este libro en que si queremos entender el misterio del hombre hay que hacerlo desde el misterio de la Trinidad.

El libro da a la oración una importancia central en el camino de nuestra identificación con Jesucristo. Así dice:

«Sólo la oración nos pone ante Dios en la verdad. Sólo la oración humilde puede ayudarnos a desenmascarar todas las tendencias hacia las compensaciones que se despiertan en las horas peores de la derrota, del cansancio, de la soledad. No debemos tener en nuestra alma la más mínima zona de sombra sobre la que tendríamos miedo de ver caer un rayo de la luz de Cristo».

Termina el libro con una carta de agradecimiento del Santo Padre, en la que alaba la frescura y la viveza de las exposiciones y también la profundidad de las meditaciones del cardenal R. Etcheagaray.

Saturnino PLAZA AGUILAR

A. BEAUCHAMP, *El creyente ante la ciencia*, Mensajero, Bilbao, 1999, 98 pp.

Este libro se propone una meditación en voz alta sobre el misterio de la naturaleza como creación de Dios. ¿Cómo reconciliar los datos de la ciencia con los datos de la Biblia? ¿Cómo asumir nuestra responsabilidad en un mundo tan perturbado? ¿Cómo vivir el respeto a la naturaleza siendo creyentes?

En el primer capítulo presenta la historia del mundo tal como se hace desde la ciencia. En el segundo capítulo analiza los relatos de la creación que aparecen en el libro del Génesis. En el tercero hay una visión de la creación desde la fe cristiana. En el último capítulo aborda la cuestión ecológica y da pistas para elaborar una espiritualidad cristiana del medio ambiente.

Concluye el libro afirmando que no podemos contentarnos con una fe ingenua e infantil ante la creación de Dios; tenemos que hacernos cargo de nuestras propias responsabilidades, al menos para nuestra propia supervivencia.

Se trata de un texto sencillo lleno de luz y de espíritu, escrito por un especialista en medio ambiente y miembro del Comité ético canadiense de esta materia.

Saturnino PLAZA AGUILAR

Enrique GARCÍA, *Ciencia moderna y fe católica*, Tiberiades, Santiago de Chile, 1999, 162 pp.

El profesor Enrique García, Hermano de las Escuelas Cristianas, Doctor en Teología y profesor de matemáticas y física, ha intentado en este libro armonizar la ciencia exacta y experimental con la exigente fe cristiana. Su objetivo es mostrar que la fe cristiana es razonable. Intenta ver esta racionalidad a través de los problemas científicos que se relacionan con la fe católica. Estos problemas científicos son: el comienzo del mundo según la física, la evolución, la ciencia econó-

mica, y por último el fin del mundo según la física. Estos planteamientos de la ciencia son confrontados con la visión cristiana en un lenguaje apropiado a los no especialistas.

El libro ofrece una buena bibliografía para la reflexión de cada tema y termina con unas bellas oraciones de Ernesto Cardenal y de P. P. Teilhard de Chardin.

Saturnino PLAZA AGUILAR

César IZQUIERDO, (ed.), *Teología Fundamental, temas y propuestas para el nuevo milenio*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999, 750 pp.

Para entender bien la obra hay que empezar, tal vez, por el Apéndice. En él José Luis Llanes da fe de casi veinte años de Jornadas de Teología Fundamental, entre nosotros. En una interesante crónica ayuda a situar el contexto histórico, a intuir fuerzas y tensiones, pretensiones, objetivos de estos encuentros de profesores del ramo, en España y Portugal.

El libro no recoge los estudios presentados en ninguno de tales encuentros. Es mucho más. Presenta un estado de la cuestión, panorama de sensibilidades, selección de temas y problemas, síntesis prometidas. Y es un buen libro.

Es bueno sobre todo por quedarse a medio camino entre la miscelánea de artículos y el sistema único. Si bien sus distintos autores han expresado sus diferentes puntos de vista –cosa que

se nota, desde luego—, lo han hecho dentro de un esquema o itinerario general común: primero la llamada o la posibilidad de la fe y del creer; después el tema de la Revelación y la fe; después la apologética o sistematización de la credibilidad; y finalmente, cuestiones de hermenéutica. El sistema, el conjunto, es mucho más que ordenamiento artificial o coyuntural de 14 ensayos distintos.

Cada ensayo y su conjunto tiene el valor de la documentación exhaustiva. Se trata de especialistas y cada uno o casi todos parecen preocupados por decirnos que su ciencia no es sólo suya, sino que se entronca en determinadas corrientes, parentescos, relaciones. Lo cual le da un gran valor a cuanto nos dicen: nos permite ir mucho más allá de las páginas de este volumen para establecer relaciones con autores o corrientes que cada uno podamos tener ya en nosotros. De ese modo la obra es algo vivo, manual de caminantes, instrumento para cualquiera.

También es verdad que eso, casi siempre, da a este volumen más aspecto de enciclopedia que de creación personal. Podría decirse que es un volumen, salvo excepciones, hecho más hacia atrás que hacia adelante. Se diría que se piensa más sobre los pensadores que sobre la realidad que ellos mismos pensaron.

A mi juicio en este volumen falta incluir una reflexión transversal que haga justicia a la historicidad de esta disciplina, es decir, al diálogo que la definición de esta disciplina ha debido vivir con el caminar de la historia en estos

cincuenta años. Parece demasiado especulativa, como intemporal, sin encarnarse en las dinámicas de la globalización, de las inercias de la comunicación, la técnica, la aceleración, la justicia...

Tal vez el gran signo de la nueva comunidad humana no haya aparecido todavía como el lugar donde definir la teología fundamental del nuevo siglo. De todos modos es el mismo volumen el que nos lleva a percibir esta carencia o tal vez esta posibilidad. Como tal, su defecto podría incluso ser casi un mérito.

Pedro M.^a GIL

Giuseppe ALBERIGO (dir.), *Historia del Concilio Vaticano II; vol. 1: El catolicismo hacia una nueva era, el Anuncio y la Preparación*, Peeters-Sígueme, Leuven-Salamanca, 1999, 493 pp.

Es el primero de una obra monumental, en cinco volúmenes. Un acontecimiento, para nosotros, al disponer de una excelente versión. Su garantía, además de la experiencia de Sígueme y su equipo de traducción, la solvencia de Evangelista Vilanova, responsable de la edición.

Se trata de una obra tal vez única. Dedicada cada uno de sus volúmenes a una de las sesiones del Concilio, más este primero, sobre su preparación. Su conjunto debe, pues, presentar un trabajo imprescindible para la interpretación de aquel acontecimiento. Si los siguientes volúmenes se elaboran con

la seriedad de éste, no hay duda de que se conseguirá: en un bloque de 487 páginas encontramos solamente cinco estudios, verdaderamente especializados con dimensiones suficientes para organizarse en relación con los otros pero a la vez para hacerlo desde una reflexión consistente y sistemática.

Tras un breve pórtico de Alberigo, encontramos dos textos sobre la circunstancia del anuncio del Concilio y su primera preparación; después, otros tres, sobre el proceso de la preparación visto desde su interior y desde su contexto eclesial y social, y sobre el clima en vísperas de su apertura. El conjunto es lógico y ciertamente satisface las expectativas del plan.

Se podrá seguramente discrepar o esperar otras reflexiones en tal o cual momento de la narración, pero su conjunto resulta abrumador, convincente, por los pormenores, la documentación y la serenidad del comentario. Muestra con claridad la dinámica en la que el Concilio fue llegando a su primera definición, aquella con la que se abrieron las puertas del aula magna. Luego, como sabemos y veremos en los siguientes volúmenes de la obra, todo iría de nuevo definiéndose, pero ya en el lapso de este primero vemos cómo un primer proyecto se va haciendo propuesta, esquemas, y poco a poco va saltando de la dimensión estrictamente doméstica o curial romana a la de empresa de Iglesia.

El resultado, con ser magnífico, debe todavía resultar parcial. Ante todo, porque se trata del primer paso. Sólo el conjunto de la obra nos dirá el valor

de cada una de sus secciones. Pero además habremos de esperar desarrollos posteriores para comprobar si el talante, sobre todo narrativo de este primer volumen, se va complementando poco a poco con otro más interpretativo.

Fiel retrato de este volumen, la última frase de su director, Alberigo, en las breves páginas de epílogo y puente hacia lo que siga: «¿se había emprendido de veras el camino hacia un concilio de transición entre dos épocas?». Cuando este volumen se cierra, no hay que olvidarlo, todavía no tenemos Concilio.

Obra, pues, importante, imprescindible. Ofrece sobre todo información, documentadísima y crítica, pero no tanto interpretación. Tal vez ya hay en el mercado obras que lo proporcionan: en relación con ellas, ésta ofrece ocasión de verificar comentarios y avanzar otros.

Pedro M.^a GIL

Roberto MARTIALAY, *Sangre en la Universidad; los jesuitas asesinados en El Salvador*, Mensajero, Bilbao, 1999, 575 pp.

Esta obra presenta el homenaje que el autor, jesuita, ofrece a sus hermanos mártires de la UCA, en El Salvador. No emplea el término «mártir», por cautela crítica y creyente, pero se ve que en su ánimo es el adecuado. Desde ese convencimiento escribe seis capítulos, dedicados todos «los hechos de...» a cada uno de ellos.

Es un conjunto ejemplar, vibrante, testimonial. Cada evocación es distinta de las demás, como si hubieran sido escritas por separado. Su desarrollo es desigual, tanto en el espacio como en el tratamiento de las páginas: desde lo biográfico puntual hasta las reseñas o citas de obra escrita. No es pues un conjunto de piezas homegéneas, y sin embargo sí resulta una sola obra, con unidad interior. Tal vez se la da la única fe del autor y su relación con cada uno de sus evocados.

Si se espera una consideración sistemática y crítica del tema, ésta no es la obra. Si se pretende entrar en su espíritu, comulgar con aquel proyecto, sí.

Pedro M.^a GIL

Vicente CÁRCEL ORTÍ, *Historia de la Iglesia; III, la Iglesia Contemporánea*, Ed. Palabra, Madrid, 1999, 733 pp.

Obra de encargo, de especialista, didáctica o con pretensiones de divulgar y proporcionar un sistema interpretativo global. Sus fronteras, entre la Revolución Francesa y nuestros días. Interesante y útil.

En secuencia con los dos volúmenes anteriores, de Orlandis y F, Martín, Vicente Cárcel ofrece en éste una interpretación del camino de la Iglesia en estos dos siglos desde un punto de vista específico. En efecto, se diría, con más exactitud, que se trata de una historia de los papas más que de la Iglesia misma.

El autor, de experiencia y conocimientos ampliamente reconocidos, ha optado por la guía del papado para ofrecer una interpretación de cuanto la Iglesia ha vivido en este tiempo. No se trata, desde luego, de una sucesión de biografías de los pontífices, pero sí pretende mostrar la naturaleza de lo ocurrido desde la dirección y las reacciones suscitadas en ellos.

Es un texto sereno, maduro, sugerente, muy fácil de leer. Todo según se pretendía con la obra, en sus tres volúmenes. Y en esa misma virtud está su limitación, como es lógico: faltan una consideración realmente universal de la Iglesia (el mundo específico de América o Asia, por ejemplo) y las demás perspectivas (sociológica, histórica, económica, de pensamiento y ciencia). Esto hace, por ejemplo, que páginas como la del balance del Vaticano II (599) o las cinco de conclusión general (683-687) queden un tanto tristes, poco «históricas».

Pedro M.^a GIL

Jacques VERMEYLEN, *Diez claves para abrir la Biblia*, DDB, Bilbao, 2000, 246 pp.

La Biblia es un tesoro precioso. Su lectura puede enriquecer a todo hombre que acceda a él y, en particular, alimentar la fe y la esperanza de los cristianos. Por otra parte, tropieza con auténticas dificultades. Algunas de ellas son debidas a la forma exterior, pero otras plantean cuestiones fundamentales. En consecuencia, practicar una lectura fecunda sólo será posible

cumpliendo ciertas condiciones. Para explorar esa tierra, excepcionalmente rica, que es la Biblia, es mejor disponer de una guía, porque el que se extraña, corre el riesgo de desanimarse. Estas páginas tienen como única pretensión proponer algunos puntos de referencia, a fin de que realicemos una exploración sin excesivas dificultades y que nos permita el encuentro efectivo con lo que constituye el corazón de la experiencia bíblica. Se trata de unas claves: no sirven para nada si no son utilizadas para entrar en el edificio y descubrir sus riquezas. Por consiguiente, lo importante no es leer estas páginas; su único objetivo es permitir abrir la misma Biblia, descubrir su sabor y entrar «en estado de lectura».

Este párrafo cierra la Introducción de esta publicación. Y, la verdad, recoge muy atinadamente lo que en el libro pretende y expone su autor. No es preciso añadir nada más como valoración de esta herramienta que se coloca en manos del lector. Tan sólo un apunte: señalar estas «diez claves» que anuncian el título. Y que son: una, la presentación de la geografía del pueblo del libro de la Biblia; dos, la historia de este pueblo escritor de la Biblia; tres, hablemos de «El Libro» y de «sus libros»; cuatro, el Libro de los Orígenes; cinco, los libros de los Reyes; seis, la escuela deuteronomica; siete, el tiempo del silencio de Dios; ocho, ante una nueva cultura; nueve, el asunto del «Cordero». Y diez, que en esta publicación se presenta en primer lugar: ¿cómo abrir y leer la Biblia? Son, pues, sólo diez claves, las más importantes, nunca las únicas, siempre muy útiles para quienes se interesan por leer y, a la

vez, desean comprender para, posteriormente, intentar vivir y celebrar.

Carmelo BUENO

Pedro CASALDÁLIGA, *Nuestra espiritualidad*, Nueva Utopía, Madrid, 2000, 52 pp.

La «Colección alternativa» ofrece a sus asiduos lectores el undécimo regalo. Lo firma Pedro Casaldáliga y se presenta, en síntesis encarnada, la espiritualidad de un tipo de creyentes cristianos significativos. El propio autor señala en la introducción qué se propone:

«En cinco afirmaciones, de entrada, podemos definir nuestra espiritualidad como el seguimiento de Jesús, hoy, aquí. Es espiritualidad y es nuestra. Es el seguimiento de Jesús: asumiendo su causa, adoptando sus actitudes, viviendo según su Espíritu. Hoy, bajo el imperio neoliberal. Aquí, en nuestro Brasil, en esta América Latina, en medio de nuestro pueblo. Podríamos interrumpir aquí el texto y profundizar en estas palabras subrayadas. Abriendo con sinceridad el corazón al clamor del pueblo y al viento del Espíritu, no sería tan difícil descubrir cuál deba ser nuestra espiritualidad».

Subrayo tres expresiones que sintetizan lo mejor y más sencillo que puede decirse de estilo de ser y de vivir como seguidores de Jesús: Abrir el corazón, al clamor del pueblo, al viento del Espíritu. Las tres expresiones a la vez, unidas. Las tres expresiones por separado, conservando intacta su identidad. En

realidad no son meras o vacías expresiones. Se trata de tres humanidades: la humanidad de la persona que se atreve a abrirse, la humanidad que a uno le rodea y la humanidad de Dios. Esta atención a la unidad y a la pluralidad constituye la presencia significativa del seguidor de Jesús en medio de este mundo, hoy hostil por el neoliberalismo imperante.

Librito, como todo lo que escribe y toca Casaldáliga, vivo y vibrante, inquieto e inquietante. Sereno en la claridad de los planteamientos, pero a la vez provocativo por los retos a los que invita en esta hora. Se trata, creo yo, de una buena guía de lectura, oración y compromiso para unos días de convivencia con Dios y con las gentes que nos rodean.

Carmelo BUENO

Joseph RATZINGER, *Un canto nuevo para el Señor, Sígueme*, Salamanca, 1999, 210 pp.

Siguiendo la exposición del índice general, la obra se divide en dos partes: Jesucristo, centro de nuestra fe y fundamento de nuestra esperanza, la primera; culto conforme al Logos (Romanos 12,1), liturgia y cristología, la segunda. Luego, internamente, se descubre que en la primera parte existen otras tres y en la segunda parte otras siete. Diez en total. Creo que estamos ante diez asuntos que, unos más, otros menos y algunos casi nada, de alguna manera rozan cuestiones litúrgicas. Por ello, se tiene en conjunto una impresión bastante deslabazada de la obra. Quiere ser un

libro de liturgia y más bien se trata de aspectos de teología dogmática, cristología y eclesiología básicamente. Dicho así, el título de la publicación no se armoniza con lo que luego se desarrolla. En algún momento se esperaría encontrar, al menos, una organizada teología de la liturgia, pero tan sólo aparecen cuestiones sueltas de esta teología.

Durante toda la lectura del libro uno se siente muy incómodo, porque no encuentra lo que se anuncia y se anda preguntando a cada paso si las realidades de la liturgia cristiana son sólo asuntos de comprensión teológica, recta dogmática, cristología deductiva o eclesiología de comunión... ¿Dónde queda o aparece la celebración? ¿Tienen algún sentido los gozos y las tristezas de la humanidad y de la vida que debieran ser como «los gozos y las tristezas» de las comunidades eclesiales que se reúnen para compartirlos con Dios, el Padre bueno, con Jesús que también los vivió y con el Espíritu que nos acompaña e ilumina el discernimiento?

Según se avanza en la lectura se tiene la impresión de pasar constantemente de escenario en escenario, de asunto de asunto, de tema en tema. Es verdad que se anuncia que esta publicación tiene su origen en diversas publicaciones previas, en variadas conferencias, en congresos, escuelas, cursos... Este hecho es muy evidente y no se ha solucionado la articulación unitaria de perspectivas tan diversas. Es más, el arco temporal de estos materiales previos se abre en 1974 y se cierra en 1994. Veinte años de pleno

postconcilio en los que los lenguajes sobre la teología han experimentado evidentes evoluciones que aquí no se han tenido en cuenta.

Tomadas una a una estas diez partes y en su contexto histórico concreto tal vez sí ofrezcan orientaciones válidas, pero éstas se han diluído en el conjunto y se hace penoso intentar una síntesis que ilumine la vida litúrgica y la celebración cristiana de las comunidades eclesiales.

«La cuestión litúrgica ha cobrado hoy una relevancia que antes no podíamos prever». Esta declaración de intenciones apuntada en el prólogo y subrayada en la contraportada publicitaria viene a resultar una vacía declaración de intenciones. Lo diré una vez más para terminar esta valoración, los estudiosos de la teología dogmática encontrarán en estas páginas más información y orientaciones que los pastores y animadores de la vida litúrgica de las comunidades.

Carmelo BUENO

Miguel FISAC, *Reflexiones sobre mi muerte*; Josef G. CASCALES-Benjamín FORCANO, *Bernhard Häring*; Benjamín FORCANO, *Yo creo en la resurrección*, Nueva Utopía, Madrid, 2000, 144 pp.

Nueva Utopía abre una nueva colección llamada «Testimonio». Y, la verdad es que de eso se trata, de dar testimonio, de contar la fe, de narrar la propia existencia cristiana. Es la teología de la vida, creída y vivida. Es

poner en papel impreso las razones existenciales de nuestra esperanza. Corremos tiempos propicios, y Nueva Utopía se hace eco de ellos, para los relatos de la vida. Es cierto también que este «contar la vida y la vida de la fe» nunca ha sido ajeno en la literatura cristiana. Pero hoy se aprecia una cierta sensibilidad mayor hacia este talante narrativo que, para los seguidores de Jesús, tiene raíces tan evangélicas. Estamos, pues, inmersos en una manera evangélica de hacer teología, y teología que llega al corazón de los vivientes y creyentes.

Escuchar página a página el relato de Miguel Fisac sobre la muerte, sobre la experiencia propia en relación con su muerte, es emocionante, es para emocionarse como persona y como creyente. Cada página de este relato es una oración viva, una contemplación sublime de lo humano. Tal vez todo parezca sencillo, natural, sereno, pero todo en él es humanización, ternura, cercanía, confianza, luz. En realidad no es un libro éste para leer, sino para ser escuchado.

De otro tenor y vibraciones muy distintas es la entrevista-testimonio de Bernhard Häring. Aquí estamos ante la vida en plenitud contemplada desde la atalaya cercana del final. Nadie que lea este testimonio de Häring quedará sin sobrecogerse ante la grandeza de la sencillez de este hombre y creyente. A Häring se le va preguntando por todo, o casi todo, lo que es significativo en la vida. Y para este casi todo tiene una palabra acertada, misericordiosa, cercana, cálida, entrañable,

humana y profundamente evangélica. Esto sólo parece posible para quien ha vivido así, con la ilusión puesta en el hacer del Dios de Jesús y el corazón cercano a todos los dolores de semejantes sean de donde sean, porque todos son personas.

La tercera entrega de estos testimonios es también una evidente confesión de fe. Afirma Benjamín desde el título su fe en la resurrección, corazón de la fe y de la existencia cristiana. Unas breves páginas desarrollan esta firme convicción del autor. Luego, deja constancia de una experiencia siempre repetida y siempre nueva. La experiencia de animar celebraciones de despedidas de los seres queridos. El ministerio sacerdotal conlleva realizar continuamente este servicio. Aquellos que mueren son personas singulares y, con frecuencia, la rutina puede igualarlos a todos. No es fácil ni sencillo adentrarse en esos breves momentos celebrativos en la típica identidad de quien nos deja y a quien ofrecemos nuestro último saludo como humanos y amigos. Benjamín va contando celebración a celebración las diversas despedidas de los suyos. Ahí puede rastrearse la humana sensibilidad religiosa que sabe encontrar la palabra justa y el gesto oportuno para hacernos vivo y presente al que despedimos. Muchos animadores de estas celebraciones de despedida encontrarán en estas páginas el testimonio vivo de un animador amigo que comparte eso mismo que él ha experimentado. ¿No es esta una hermosa manera de «hacer memoria y celebrarla» con sentido?

Carmelo BUENO

Castor BARTOLOMÉ RUIZ, *El poder de los desposeídos*, Nueva Utopía, 2000, 57 pp.

«El poder circula como fuerza relacional y, precisamente por eso, las personas de un determinado sistema social siempre tienen la posibilidad de crear nuevos tipos de acciones y reacciones sobre el mismo. Los desposeídos, aunque se muestren cómplices en gran parte con los mecanismos del sistema y colaboren para la sustentación del mismo, siempre poseen una capacidad de lucha específica que les posibilita crear nuevas formas de acción, de reacción y de reexistencia personal y social ante la situación de exclusión que viven».

A nuestras gentes de ahora puede sonarles extraña la referencia a los desposeídos, porque tal vez nos resulten desconocidos. Sin embargo, poco a poco se van poblando nuestras calles de personas de otras latitudes, que posiblemente no lleguen a conformar un grupo de desposeídos, pero ellos son la referencia más cercana. Leer las páginas de este librito ayuda a comprender la identidad y las potencialidades que se encierran en estas personas.

Entiendo que sería de gran utilidad para educadores cristianos en la escuela el que se acercaran a estos planteamientos que aquí se recogen.

Carmelo BUENO

Santiago SÁNCHEZ TORRADO, *La izquierda: desafíos y propuestas*, Nueva Utopía, Madrid, 2000, 48 pp.

«No le competen ahora a la izquierda grandes palabras ni promesas retóricas, sino la radical fidelidad a lo cotidiano, en todo aquello que articule de modo cualitativo y creativo el mundo de la persona y el ámbito de la comunicación y de la participación social, de los avances transformadores modestos pero imparables.

Cualquier proyecto de la izquierda debe contener un mensaje ideológico, una praxis sociopolítica y un tejido organizativo, en la orientación permanente de sostener y hacer viables ideales solidarios y emancipadores que regeneren a nuestra sociedad.»

Nu-S.

José Miguel GARCÍA PÉREZ-Mariano HERRANZ MARCO, *La infancia de Jesús según Lucas*, Encuentro-Fundación S. Justino, Madrid, 2000, 146 pp.

El título de este libro puede llevar a más de uno a equivocarse. No se analiza en él, directamente, la infancia de Jesús. Se estudian concienzudamente expresiones del conocidísimo texto evangélico que nos narra la infancia de Jesús en el evangelio de Lucas. Como estamos tan acostumbrados al texto en sí nos llega a parecer que se comprende con sólo leerlo. Sin embargo, si se detiene uno en muchas de las expresiones caerá en la cuenta de que el texto no se comprende, que algo

extraño existe en él. Que, quizás, pueda deberse a una mala traducción. Y aquí es donde comienza la tarea del investigador. Este libro, pues, da cuenta en lenguaje bastante accesible, para un lector medio de temas bíblicos, de los procesos que el investigador ha seguido hasta resolver los problemas textuales, mejorar las traducciones y posibilitar una mejor comprensión del mensaje evangélico.

Comprenderá el lector que el investigador está manejando de continuo los registros de lenguas como el hebreo, arameo y griego. Aun así, como señalaba antes, un habitual lector de temas bíblicos encontrará sabrosas conclusiones si se acerca a esta publicación. Comprenderá entonces la importancia de la «crítica textual» para acceder al mensaje de la Palabra de Dios.

Una intuición guía el buen hacer de estos investigadores: tal vez, los textos del llamado evangelio de la infancia en Lucas no fueron redactados originalmente en griego, sino en hebreo. Por eso, en muchos casos, el ejercicio de retraducir el griego actual al posible hebreo original despeja muchas extrañezas en el actual texto griego y, de paso, en las traducciones a las lenguas modernas.

Muchos lectores de estas páginas agradecerán sinceramente la publicación de estos trabajos, siempre callados, pesados, aunque apasionantes, de los investigadores del texto bíblico.

Carmelo BUENO